

El Oratorio en la misión de la Iglesia al alba del tercer milenio

Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour
Sottosegretario del Pontificio Consiglio per i Laici

(Roma, Congresso Generale 2000)

De jubileo a jubileo

El actual Congreso de la familia oratoriana en Roma es acontecimiento relevante y significativo en el cuadro de las celebraciones del gran Jubileo. No puede menos que evocar el testimonio de aquel joven florentino que, como siguiendo un secreto amor y buscando su memoria en las antiguas piedras de Roma, visitaba días y noches las catacumbas, especialmente la de San Sebastián - testimonio de los mártires cristianos, e inventaba su personal peregrinación entre San Pedro, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pablo fuera de los Muros, las basílicas que marcan los capítulos de los primeros siete romanos (una práctica que después para millares de romanos será la visita a las "siete iglesias"). Aquel joven vivió a fondo la experiencia espiritual del Jubileo del 1550, con sus amigos de la Cofradía de la SS Trinidad, a la que se agregó como nombre y tarea "de los peregrinos". Un biógrafo de Felipe Neri nos ha dejado escrito que en ese año jubilar "fu cosa di molto esempio il veder l'affetto grande col quale Filippo e i compagni servivano a tanta moltitudine, provvedendoli del mangiare. accomodando i letti, lavando loro i piedi, consolandoli con parole e finalmente faccendo a tutti compitissima carita. Per la qual cosa questa Confraternita prese in quell'anno cosi gran nome che si sparse il suo odore per tutta la cristianità: e molti fecero istanza grande d'essere ammessi in detta compagnia, la quale prese poi una casa a posta che dovesse servire per ospizio ai pellegrini"[1] Es el mismo Juan Pablo II quien lo recuerda a toda la Iglesia en la Bula de indicción del actual Jubileo. "Incarnationis mysterium". "La historia muestra con cuanto entusiasmo el pueblo de Dios ha vivido siempre los Años Santos, viendo en ellos una conmemoración en la que se siente con mayor intensidad la llamada de Jesús a la conversión. Durante este camino no han faltado abusos e incomprendiones; sin embargo, los testimonios de fe auténtica y de caridad sincera han sido con mucho superiores. Lo atestigua de modo ejemplar la figura de San Felipe Neri que, con ocasión del jubileo de 1550, inició la 'caridad romana' como signo tangible de aquella acogida de peregrinos'[2]. Las gracias de sucesivos Jubileos alimentaron ciertamente el fecundo carisma que está en los orígenes y desarrollo del Oratorio como "unión fraterna de fieles, que siguiendo las huellas de San Felipe Neri, aspiran a poner en práctica lo que él enseñó y rigió, y a lograr así tener 'un solo corazón y una sola alma'. [3]

450 años después

Sin embargo, han pasado casi cuatro siglos y medio desde entonces, y tantas cosas han cambiado. Sería ridículamente pretencioso recorrer ahora esa larga y compleja trayectoria histórica, pero al menos algunas rápidas "instantáneas" pueden iluminar panorámicamente, a largos trechos, el camino andado.

Felipe vivió de lleno el "renacimiento", al alba de la modernidad, cuya larga parábola histórica desemboca y concluye, o por lo menos queda radicalmente transfigurada. en estos tiempos de cultura "posmoderna" que son los nuestros. Dicen los historiadores

que los "años santos" del tiempo de Felipe se vieron facilitados en la difusión por la invención de la imprenta, de Gutemberg, que marcó el tránsito de las milenarias civilizaciones rurales, de tradición oral, a la cultura urbana y su expresión en la escritura, y que hoy deja el paso a la conformación de una civilización audiovisual, en la que contactos y signos, sonidos e imágenes, se comunican instantáneamente, en tiempo real, de un ángulo al otro de la tierra, con la abolición de toda frontera. Nicolás Copérnico dedicaba a Pablo III - precisamente el Papa que convocó el jubileo del 1550 - su famosa obra "Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes", uno de los signos inaugurales de la gran "revolución científica" que va cambiando la imagen del hombre y del mundo, que hace posible las diversas fases de la "revolución industrial" y que hoy día se despliega en las prodigiosas y aceleradas innovaciones en los campos de la genética, de las comunicaciones, de la robótica, en plena civilización tecnológica, ya huérfana de los mitos "racionalistas", "cientistas", en búsqueda de adecuados fundamentos y criterios éticos para su desarrollo al servicio del hombre. Felipe asistió deslumbrado al primer gran salto cualitativo de la mundialización. con la Ecumene que se descubría por primera vez como tal a los ojos del hombre y que se abría a la conquista y a la misión, mientras que nosotros somos testigos de la gigantesca "globalización de mercados"_ mundialización de la cultura y comunicaciones, despliegue histórico de la catolicidad de la Iglesia. Esa modernidad nacía además, en tiempos de Felipe, lacerada por la "reforma protestante" que se sumaba al desgarrón oriental de comienzos del segundo milenio cristiano, mientras que en el alba del tercer milenio emerge la urgencia ecuménica para la restauración de la originaria unidad cristiana, eclesial. Ese mismo contra testimonio estaba también en los orígenes del paganismo que se asomaba, aún en el centro de la catolicidad, en la Roma de los Papas y de Felipe, en la todavía vigente "cristiandad". para dar luego sucesivos saltos cualitativos y extensivos como fenómeno de descristianización capilar y masivo a nivel mundial. Ignacio de Loyola, Felipe Neri, Carlos Borromeo, y tantas otros testigos, movimientos y experiencias reconocidos por los historiadores como los signos fecundos de una "reforma católica", son contemporáneos del Concilio de Trento, que marca una larga fase de historia eclesial hasta el acontecimiento del Concilio Ecuménico Vaticano II y sus ímpetus de renovación y profecía, premisa, desde el resurgimiento de la tradición católica, de una "nueva reforma", de una "nueva ilustración", o sea, de una "nueva civilización". Si la experiencia cristiana de Felipe Neri es fundamentalmente "romana", el marco político del desarrollo eclesial comenzaba a ser el emergente Estado nacional en diversos países de Europa, que luego será Estado absolutista, y en el siglo XX desembocará en la trágica experiencia de los Estados totalitarios. Hoy se vive la crisis del estado-nación, demasiado estrecho en tiempos de "globalización", de universalización, del emergente imperio mundial en un nuevo orden internacional, y demasiado abstracto para expresar las identificaciones culturales, nacionales. religiosas.

Sirvan estas "instantáneas" panorámicas sólo para introducir la pregunta que ahora más nos interesa: ¿qué nos enseña y cómo se vive el carisma de San Felipe Neri en la comunión y misión de la Iglesia que irrumpe en el tercer milenio, en un mundo tan diverso y complejo como lo es el nuestro? Sería un intento de respuesta a cuanto exhorta el Santo Padre en su Carta Apostólica "Tertio Millenio Adveniente" a la luz y bajo la gracia "jubilar" "Se pretende suscitar una particular sensibilidad a todo lo que el Espíritu dice a la Iglesia y a las Iglesias (cfr. Ap. 2, 7ss), así como a los individuos por medio de los carismas al servicio de toda la comunidad. Se pretende subrayar aquello que el Espíritu sugiere a las distintas comunidades, desde las más pequeñas, como la familia a las más grandes..."[4].

En las encrucijadas de cambios de época

Hay una analogía significativa entre los tiempos que le tocó vivir a Felipe Neri y los nuestros. Ambos son de gran transición histórica, en la encrucijada de cambios de época. Si bien es cierto lo que decía, contra el progresismo vulgar, el historiador alemán Ranke, que "cada época es inmediata a Dios", también lo es que el fluir del tiempo no resulta homogéneo, no todos sus momentos se equivalen por valor cualitativo y decisorio de rumbos. En el largo caminar de las sociedades, se van acumulando -afirma el historiador francés Chaunu - "misteriosas masas críticas de transformación" que de golpe se descargan y generan una auténtica revolución, no prevista, produciendo una vasta re-composición social, cultural, política y religiosa. Pues bien Felipe Neri fue testigo y protagonista de un auténtico cambio de época, de un impresionante giro histórico, caracterizado por el tránsito cultural del Renacimiento, la emergente formación de los Estados nacionales, el drama de la escisión de la cristiandad occidental y el impacto de los "nuevos mundos" -en su descubrimiento, colonización y misión- en los comienzos de la expansión mundial europea. No en vano esos grandes eventos históricos están a la base de la génesis de los tiempos "modernos".

Y en eso estamos, también hoy. Del 1989 al 1992 se anticipa la apertura real del "Tertio Millenio Adveniente" Si ante el gran viraje de 1945. entonces lleno de novedad, por el cual Europa Occidental abandonaba su papel hegemónico de protagonista mundial y se instauraba la bipolaridad dominante USA-URSS, un Alfred Weber exclamaba "Adiós a la historia universal que se ha escrito hasta hoy , con mayor razón aún, podemos exclamar lo mismo en este fin de siglo XX frente a la transformación mucho más radical que está procesándose. Podemos decir adiós al mundo de Yalta con su bipolaridad articulante a nivel mundial, que es caída de esquemas políticos y mentales ya obsoletos, mientras tiene lugar una impresionante reestructuración del poder, en camino aún muy incierto hacia un nuevo orden internacional. Quedan si muy alzados los muros de división que dan dramática envergadura global, a la parábola de Epulón y Lázaro. Podemos decir adiós, también, a la industrialización de las chimeneas, de las cadenas de montaje y de los ejércitos de proletarios poco cualificados en tiempos de una profunda metamorfosis del trabajo, que abren a una fase que algunos llaman "postindustrial", bajo los impactos de la revolución tecnológica y de la liberalización, con la amenaza de crecientes mundos de "excluidos". Pero hay más aún: el poscomunismo, el posYalta, la fase posindustrial, la crisis del Estado nacional, se conjugan también con la "posmodernidad", que algunos prefieren llamar como "postiluminista". Se cierra la larga fase moderna de los ateísmos mesiánicos, religiones seculares que pretendieron reasumir, reformular y sustituir a la tradición cristiana, que tuvieron en el marxismo leninismo su epicentro recapitulador, hoy desfondado. Se resquebraja la "fe en el progresó" que guerras mundiales, campos de exterminio y gulags, amenazas nucleares y ecológicas habían ya puesto en jaque. Dejamos un siglo de tantas proclamas y utopías "humanistas" pero, a la vez, de las más masivas y sistemáticas experiencias de opresión del hombre, de destrucción de lo humano Entra en crisis el racionalismo unidimensional y se desemboca en las teorías de la "impotencia de la razón", del "suicidio de la razón", o en la liviandad del "pensamiento débil". El derrumbe de los ateísmos mesiánicos caracteriza un tiempo cultural en el que prevalecen los ateísmos nihilistas como ideología dominante en la sociedad tecnológica de consumo de masas, ya no trágicos sino conformistas y placenteros, pero cuyo carácter últimamente invivible para la persona y disgregador del tejido social pretende ser cubierto como "complemento de alma" por un ecumenismo espiritualista ecléctico en el que confluyen las más diversas ofertas de vaga religiosidad. Tenemos que decir adiós, ¡nada menos!, a las vigencias y paradigmas con los que se ha escrito el

proceso de la modernidad. Bibliotecas enteras, o, al menos, filas repletas de libros que teníamos necesidad de tener al alcance de la mano, hoy quedan desplazados al fondo las estanterías[5].

Ahora bien, en esas fases históricas de encrucijada crítica, de profunda transición cultural y cambio epocal, en la que emergen aún confusamente nuevos paradigmas que afectan hondamente las diversas dimensiones de vida del hombre y de la sociedad, la tradición cristiana queda especialmente jaqueada, amenazada. Se requiere entonces la renovación, reformulación y revitalización de esa tradición -¡un volver a las fuentes para suscitar su "resurgimiento"!- de modo que se presente y proponga en modos nuevos y adecuados a la sed de verdad, de belleza y de justicia que Cristo mismo va suscitando en el corazón de los hombres y de la que El mismo es la única, satisfactoria, plena, sobreabundante respuesta. El gran teólogo Urs Von Balthasar escribió una vez que esas fases cruciales de cambio de época da la impresión de que la Providencia de Dios opera mediante numerosos y contemporáneos carismas dados a modo de "racimo", sea de nuevos carismas, sea de carismas que ya han demostrado su fecundidad en épocas pasadas pero que resurgen y se proponen con especial vigor en el testimonio cristiano y la experiencia eclesial. Esa irrupción carismática, siempre muy variada, resulta providencialmente capaz de una renovada propuesta de la entera fuerza original del anuncio cristiano y de su fascinante evidencia verificada en las cambiantes condiciones de la vida personal y social. Son esos carismas que, en la imprevisibilidad de los designios de la providencia, suscitan testimonios de santidad, nuevas modalidades de manifestación del misterio de comunión, vigorosas corrientes de dinamismo misionero, formas adecuadas de inculturación del Evangelio... El desafío mayor parece ser, pues, revivir y reproponer, con toda su fuerza originaria, y por eso con renovado afecto, atractivo y persuasión, el carisma de S. Felipe Neri por medio del testimonio de la familia oratoriana, demostrándose capaz de ser precioso enriquecimiento de la santidad, de la comunión y misión de la Iglesia en las condiciones del cambio de época que estamos viviendo al alba del tercer milenio. Ese "examen de conciencia" es, a la vez, cuanto se propone en el "itinerario espiritual" de los discípulos de Felipe[6] y a lo que invita el Gran Jubileo en esta hora de gracia y misión[7]. El "instrumento laboris" para el actual Congreso General de la Familia Oratoriana es preciosa guía para ese "examen de conciencia".

Dificultades de trasmisión de la fe

Hay un desafío mayor que se plantea a la Iglesia a comienzos del tercer milenio. Ya no existe más un ambiente social y cultural favorable a la trasmisión del cristianismo. ¡Todo lo contrario! "Felipe conoció aquellos tiempos del Renacimiento paganizante. Quizás por primera vez desde la propagación del cristianismo, la imagen misma de la felicidad comenzaba a ser intuida, pensada, buscada fuera del acontecimiento cristiano. Y la misma realidad de la fe comenzaba a ser percibida, no ya como el "sumo placer" o la "plena y duradera felicidad", sino como un límite de tipo moral y religioso para el pleno goce de la vida. Tiempos vendrán después en los que se afirmará la necesidad de la "muerte de Dios para que el hombre viva"[8]. Aquella realidad paganizante que bien advirtió Felipe Neri como emergencia dentro de una Cristiandad todavía vigente pero que daba ya sus primeros signos de descomposición, ha llegado hoy día a ser la normalidad ordinaria, cotidiana, de la vida actual. Aún en plena euforia conciliar, la Constitución pastoral "Gaudium Spes" observaba que "crecientes multitudes se alejan prácticamente de la religión"[9]. Si hacia finales del siglo pasado fue el abandono de las elites políticas e intelectuales, las décadas del `50 y del `60 del siglo XX significaron la progresiva liquidación de las seculares cristiandades rurales, con millones de hombres desarraigados de su tradicional cultura campesino-aldeana

para emigrar en masa a las ciudades o a otros países y continentes, en pleno "boom" de la urbanización y de la industrialización, de la revolución científico-tecnológica, de la escolarización, del consumo de masa, del impacto cada vez mayor de los "media", de la secularización de las costumbres, bajo la ofensiva anticatólica de las culturas ideológicas neo-iluministas, sea marxistas que neo-burguesas. No obstante las esperanzas suscitadas por el Concilio Vaticano II y los copiosos frutos de su actuación, la Exhortación apostólica postsinodal "Christifideles laici" advertía que "enteros países y naciones, en los que un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes (...) están ahora sometidos a dura prueba (...)", en los que multitudes "viven como si no hubiera Dios", mientras que "otras regiones o naciones en que todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristianas" corren el riesgo de que se desperdigue ese rico "patrimonio moral y espiritual"[10]. Ahora, ya "no es más posible hacerse ilusiones -dijo Juan Pablo II dirigiéndose a la Iglesia italiana- habiéndose hecho demasiado evidentes los signos de descristianización así como la pérdida de los valores humanos y morales fundamentales"[11].

El catolicismo continúa siendo una corposa "anomalía" en la expansión de las vigencias culturales dominantes de finales de milenio, propagadas desde los centros del poder mundial. Los ídolos del poder, de la riqueza y del placer, así como sus "complementos espirituales", tienden a determinar, en formas cada vez más persuasivas y capilares, los modelos, mentalidades y actitudes de una existencia y una convivencia a espaldas del Redentor del hombre, del único Señor y Salvador. Operan, a la vez, un resecamiento, erosión, reducción y asimilación mundanas de la tradición cristiana y una progresiva amenaza de lo humano.

En ese contexto, parece ir debilitándose la fuerza de "tradere", de trasmisión, de comunicación del cristianismo, afectando íntimamente los lugares tradicionales de iniciación, "socialización" y sustento cristianos, o sea, la familia, la parroquia y la escuela. Siguen siendo, por cierto, fundamentales y prioritarias en la acción pastoral. Sin embargo, el mismo realismo exige tener en cuenta que se multiplican cada vez más los "huérfanos" de familias desintegradas y humanamente empobrecidas, en las que las responsabilidades procreadoras, educativas y catequéticas de los padres resultan sólo excepcionales. Y que sólo una minoría de bautizados participa regularmente en la vida parroquial, y entre ellos muchos la van reduciendo a una estación de más o menos esporádicos servicios rituales con escaso influjo real del cristianismo en su existencia. ¡Para no hablar de la crisis de tantas instituciones escolásticas y educativas católicas o de la exclusión o marginación de todo discurso "religioso" y "cristiano" en instituciones educativas del Estado! Tales dificultades se advierten no sólo en las estadísticas de asistencia a la Misa dominical sino también en la modalidad cada vez más selectiva con la que los mismos católicos, y hasta los llamados "practicantes" y no pocos "agentes pastorales", adhieren a las enseñanzas doctrinales y morales de la Iglesia. Las preferencias religiosas parecen reducirse a opiniones irrazonables en el mercado de los gustos totalmente subjetivos. Más aún, toda pretensión de vivir, de anunciar y proponer a la libertad la verdad recibida y confesada -la pretensión inaudita de Uno que dijo: "Yo soy la verdad"- es tildada de "fundamentalismo" que violentaría una sociedad multicultural y multirreligiosa garantizada por una democracia meramente "procedural", en la que la tolerancia tiende a identificarse con la intercambiabilidad y equivalencia de todas las opiniones y convicciones. Habría sólo lugar, pues, para la trasmisión de un cristianismo "soft", "light", conforme a la cultura "posmoderna", confinado en el ámbito de opiniones, buenos sentimientos y acciones humanitarias para ser, a la vez, conforme y funcional a la sociedad tecnológica del consumo y del espectáculo.

Rehacer la fe de los cristianos

Hoy no puede darse nada por supuesto y descontado. La confesión cristiana de muchos bautizados vive de retazos de tradición, reducida a episodios y fragmentos residuales de la propia vida, empobrecida en sus contenidos existenciales e intelectuales, superflua en última instancia. La mayor amenaza actual es "el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia -decía el Card. J. Ratzinger a los responsables de las comisiones doctrinales de las conferencias episcopales americanas - en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad"[12]. Palabras duras, por cierto, que invitan al serio examen de conciencia que nos ha propuesto la Carta Apostólica de S. S. Juan Pablo II para este año jubilar. Terminamos preocupándonos afanosamente por sacar las consecuencias morales, sociales, culturales y políticas de la fe, pero presuponiéndola en formas cada vez más irreales.

Pues bien, la cuestión fundamental, ayer y hoy, es cómo el don de la fe es acogido, celebrado, vivido, compartido y comunicado. Se trata siempre de rehacer la fe de los cristianos, suscitar a nivel personal y comunitario una refundación, reconstrucción y revitalización de la experiencia creyente, de modo que la tradición de la Iglesia se convierta en experiencia viva y capital de las personas. "El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra - se lee en la encíclica "Redemptor Hominis" - es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús"[13]. Hoy más que nunca, todo se juega en ese volver a la Fuente, al Origen, al Fundamento, a la Piedra angular, reviviendo el encuentro y seguimiento de Jesucristo como vocación y destino de toda la existencia. Tal es el recentramiento propuesto para este tiempo de actuación del Concilio Vaticano II. Si los padres del Concilio Ecuménico se reunieron bajo la acuciente pregunta: "Iglesia, ¿qué dices de ti misma", cuarenta años después esa pregunta reenvía, indisociablemente, a otra más radical, que es aquella que se nos sigue planteando cara a cara: "¿Y tú quien dices que soy yo?"; para que respondamos con renovado afecto, con toda la adhesión de nuestra inteligencia y voluntad, junto con Pedro, con la traditio apostólica, con el testimonio de confesores, mártires y santos, desde el "sensus fidei" del pueblo cristiano: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Tal es también el anuncio urgido, misionero, del actual pontificado, que se abre con la invitación a abrir las puertas a Cristo, las del corazón de la persona ante todo pero también las de la vida familiar y laboral, las de la cultura de las naciones, de los modelos de desarrollo, de la vida pública de los Estados, de una renovada solidaridad internacional. Estamos todos invitados a ese encuentro personal que ha de ser memoria viva de su Presencia reconocida, en las más diversas circunstancias de la vida, con la misma realidad y actualidad, tan llena de novedad, de afecto y persuasión como lo fue en el encuentro de sus primeros discípulos hace 2000 años, en Palestina y para los "felipeneri" casi 500 años ha. Tal es la gracia del Jubileo que hay que suplicar con confianza. Sólo reviviendo el estupor y la fascinación de esa Presencia, sobreabundante a todas nuestras expectativas pero plena respuesta a los anhelos de verdad, felicidad y justicia de nuestro "corazón", el cristianismo no queda reducido a una lógica abstracta sino que se hace "carne" en la propia existencia. La gratitud y la alegría son entonces signos desbordantes ante la desproporción del don recibido y experimentado como la verdad, el bien y la belleza de la propia vida. Dicho de otro modo: se trata del redescubrimiento grato y responsable del propio bautismo como la más profunda y sublime autoconciencia de la dignidad de la persona, disminuida por el pecado pero regenerada por la gracia, destinada a la plena estatura de lo humano en Cristo Jesús.

A eso mismo convoca hoy el testimonio de S. Felipe Neri, enamorado de Cristo - manifestación del designio misericordioso y salvador del Padre-, gracias a un corazón templado y dilatado por el fuego del Espíritu -su "Pentecostés"-, convertido en un "incendiario" de amor divino. ¿Qué otra cosa es, en fin, un carisma si no un don ("gratis datae") del Espíritu de Dios dado a una persona en un determinado momento histórico para que de inicio a una experiencia de fe, a una nueva modalidad de encuentro y seguimiento del Señor, para concurrir a la edificación del Cuerpo de Cristo en medio de los hombres? Sabemos que toda la vida de Felipe Neri da razón de aquello que solía decir: "El que no ama a Jesús por encima de todo, no sabe lo que ama y ha perdido la inteligencia". Gracias a ese carisma, el acontecimiento de Cristo y su misterio en la historia, que es la Iglesia, aparece como con una singular capacidad de poner a la vida en movimiento, re-centrarla, suscitar una vida nueva, manifestando la verdad que la anima en forma evocativa, educativa, persuasiva, o sea, existencialmente verdadera, como significado de la vida y su forma más humana. El Señorío de Cristo pasa así a experimentarse en modo concreto, comprensible, convincente. La espiritualidad filipina vive de ese amor a Cristo, expresado admirablemente por S. Felipe Neri: "Quien anhela otra cosa que no sea Jesucristo, no sabe qué es lo que anhela. Quien desea otra cosa que no sea Jesucristo, no sabe qué es lo que desea. Quien trabaja para otra cosa que no sea Jesucristo, no sabe para qué trabaja"[14]. Hay que re-comenzar siempre con aquella actitud que estuvo en el principio de la conversión de Felipe, cuando se narra que "rezó al Espíritu Santo", mendicante de la gracia de Dios para que Cristo irrumpa en la propia vida, la abraza y la cambie...

En el realismo de la encarnación

De la actualidad del carisma de S. Felipe Neri hay que destacar especialmente, en ese sentido, su radical arraigo en el realismo de la encarnación. La majestad divina ya no parece oscurecer, como en siglos pasados, la calidez de la santa humanidad de Jesús, tan típica, por otra parte, de la "devotio moderna". Gracias al carisma, la presencia de Cristo se vuelve una evidencia conmovedora. La tradición patristica, la familiaridad con los Sagradas Escrituras y el testimonio de los mártires y de los santos abren e iluminan el "corazón" para el reconocimiento y adhesión de esa Presencia. Experimenta que donde dos o tres están reunidos en Su nombre, Cristo está realmente con ellos. Es bien conocido su impresionante y capital fervor eucarístico: la Iglesia y eucaristía, totalmente compenetradas, hacen referencia al cuerpo misterioso, real, de Jesucristo. Percibe también el rostro del Señor, su presencia real e interpelante, en los enfermos, en los pobres, en los necesitados. En la base de todo ello está la convicción de Felipe que la vida espiritual, el camino de la santidad, no se funda en una "gnosis" para "iniciados", ni para los "sabios" y los "justos", sino en un acontecimiento real, encuentro imprevisible en las diversas circunstancias de la vida, accesible, pues, para cualquier persona, de todo estado o condición, que lo acoja con estupor de niño. Basta el "fiat" de María para que se haga "carne" en la "carne". Ese mismo realismo hace que Felipe Neri sepa estar tan atento a las circunstancias de vida de cada persona en las que se encarna la gracia. Hay en el santo, en fin, una confianza originaria en la consistencia, en la bondad y verdad de la realidad y una positividad, pues, para afrontarla. No en vano, lo que preside y guía toda su existencia, toda su comprensión de la realidad, es la certeza experimentada del encuentro con Aquél por quien todas las cosas han sido hechas y en el que consisten y subsisten para ser recapituladas en la gloria de Dios.

El misterio de la encarnación -el Dios que se ha hecho "carne", verdadero hombre, el "Emanuel", el Dios con nosotros, contemporáneo a todo hombre por medio de su Cuerpo que es la Iglesia, presencia real en la Eucaristía y también en los pobres, suena

también hoy, como susurraban los apóstoles, "lenguaje demasiado duro". En ese sentido, el Jubileo de la encarnación sirve providencialmente para vacunarnos contra toda propuesta cristiana que se reduzca a sentimiento espiritual o ideología religiosa. No en vano estamos en tiempos de una multiplicación emergente y variada de ofertas espiritualistas y de vaga religiosidad en el supermarket de la aldea global.

En el nuevo orden religioso que emerge al alba del tercer milenio se constata, en efecto, que entre religión, o religiosidad, y la modernidad no existe aquella incompatibilidad que los ideólogos e iluminados habían postulado, confinando las convicciones religiosas al ámbito residual, irracional, de lo privado, destinado a desaparecer con el difundirse de las "luces". Contrariamente a lo que preveía un Montesquieu hace dos siglos y medio, la dinámica histórica puesta en marcha por la "edad de las luces" no lleva a la muerte de las religiones sino a su renacimiento y multiplicación bajo nuevas formas. L. Kolakowski destaca la "actual venganza de lo sagrado en la sociedad secular". Un nihilismo de masa, como el imperante, puede ser tremendamente crítico, pero sólo sabe demoler; su irracionalismo cínico termina siendo insoportable para la persona y no abastece de fundamentos ni energías para la construcción social. El materialismo resulta, en última instancia, tan sofocante como estéril. Emergen, pues, por doquier demandas de "sentido", deseos de una vida más humana. Las apelaciones morales no bastan para cubrir el malestar. Se nota cada vez más una muy diversificada búsqueda espiritual, unased religiosa. Aparecen y se difunden tantas formas de suplemento de alma que pretenden satisfacer esa ansia espiritual, la necesidad de aferrarse a algo en medio de la confusión general. De tal modo, conjuntamente con el dominio real de los ídolos del poder, del dinero y del placer se van multiplicando los "dioses" en tierras de apostasía masiva, vueltas neopaganas. El gran vacío que se ha producido en tiempos de la modernidad iluminista, racionalista, y de sus mesianismos utópicos secularizados, deja lugar a la actual expansión de viejas y nuevas formas de panteísmo, así como un proliferar de supersticiones, magias y ocultismos, corrientes neognósticas y exotéricas, como la otra cara y complemento de un cientismo abstracto, de un economicismo hegemónico, de un nihilismo invivible. Las librerías y bibliotecas se llenan, por doquier, de estas ofertas "espirituales" y "religiosas".

Prevalece así, como espíritu de fin de siglo, un cierto ecumenismo espiritualista, ecléctico, bien simbolizado por el sincretismo de diversos legados religiosos que confluyen en la "New Age". Gnosticismo y panteísmo lo caracterizan. Dios no es una persona que está frente al mundo, sino una energía espiritual que permea el "Todo", de modo que lo religioso se lograría por inserción del yo en la totalidad cósmica. En forma convergente operan tendencias de la cultura "posmoderna", que "espiritualizan" la realidad, le quitan espesor ontológico, en las que prevalecen actitudes lúdicas, estetizantes, que esfuman los contornos entre realidad e ilusión y se mueven en el carácter mutable de las apariencias sometidas al juego de las interpretaciones, tendiendo a refugiarse en la dimensión escapista del "sueño", de la fantasía, de los mundos "espirituales", de una mística evanescente, al reparo de la tempestad, del "stress", de la vida. Es esa misma tónica "espiritualista" la adecuada al mundo de lo "virtual", en que los bienes de consumo son cada vez menos "naturales" y hasta la empresa, el capital y el dinero pierden materialidad y se esfuman en formas supersimbólicas.

Parece haber bien acertado A. Malraux cuando afirmaba que el siglo XXI "será religioso o no será". ¿Pero será cristiano, será católico? Esa sed religiosa es una "chance" para el cristianismo. La auténtica demanda religiosa -que no sea meramente ornamental o instrumentales epifanía de la creaturalidad del hombre, como consecuencia de la imagen divina que lleva impresa. El cristianismo está llamado a anunciar, a - testimoniar, a demostrar, que sólo Cristo es la respuesta capaz de

satisfacerla en verdad y plenitud. Hay muchos signos esperanzadores en ese sentido, como se advierten en las celebraciones del Jubileo, en todo lo que convocan, siembran y suscitan los viajes misiones del Papa, en una movilización y adhesión de minoritarios pero significativos sectores de las nuevas generaciones juveniles, en la eclosión y difusión de vigorosos movimientos eclesiales, en un crecimiento de vocaciones sacerdotales y contemplativas, en el atractivo de lugares de recogimiento, silencio y oración, en el deseo y nostalgia de Dios que se expresa en tantas manifestaciones artísticas y culturales. Pero no faltan las grandes insidias. El relativismo dominante concluye que todas las demandas y ofertas religiosas son equivalentes en el tolerante panteón posmoderno de los dioses, signo también de la "irracionalidad" de las preferencias subjetivas en ese campo. Cada uno puede componer su propio "mix" adecuado a sus intereses, situaciones y gustos. No faltan, además, quienes sugieren que Cristo, como Buda y otras personalidades religiosas, expresarían las diversas formas de comunicación del Verbo eterno. Emerge la cuestión radical de la unicidad, singularidad y universalidad del acontecimiento de Cristo en un mundo multicultural y multirreligioso[15].

No es por casualidad que se difunden hoy día en la Iglesia modalidades de fideísmo, de pietismo, técnicas espirituales, búsquedas introspectivas del individuo y auto satisfacciones espirituales gratificantes. ¡Qué lejos estaba Felipe Neri de todo sentimentalismo dulzón, de todo abstracto y complicado espiritualismo, desconfiado y crítico de las "exaltaciones" y "visiones", con discreción embarazada por esos contactos misteriosos con las manifestaciones divinas que le fueron frecuentes!. El "pensamiento débil" hace mella, hoy, entre los católicos. Si la tentación cotidiana es la del materialismo -ayer, hoy y mañana-, la amenaza más insidiosa para el cristianismo en nuestro tiempo reside en esa volatilización espiritualista y humanista, neognóstica, de una presunta fe "purificada", despojada del peso de dogmas y preceptos morales, incapaz de "dar razones" de sí, convertida en mero simbolismo de amor y compasión por los semejantes. Lo más grave es precisamente la negación del acontecimiento cristiano, esfumado en su realidad de hecho histórico, realmente acaecido, que ha generado una historia hasta nuestros días. Está en juego la encarnación del Verbo, centro de la historia y del cosmos, la historicidad de los Evangelios, la realidad salvífica de la Iglesia como sujeto histórico que prolonga esa encarnación. Hay que estar atentos, pues, respecto de toda degeneración engañosa de la experiencia católica en formas de espiritualismo invertebrado, irracional, sincrético, cargado de subjetivismo y esclavo de las modas culturales sostenidas por los poderes mediáticos, o en aquella del cristianismo pietista, desesclesializante, de los "predestinados". Esto implica centrar la formación y la vida de los cristianos en la memoria viva de la Presencia real de Jesucristo, en la sacra mentalidad de la Iglesia -y en los sacramentos, pues, que son los gestos con los que Cristo abraza y salva nuestra vida-, en los contenidos objetivos de la revelación y tradición para verificación de la experiencia subjetiva, en la piedad mariana (porque el "fiat" es reconocimiento de la irrupción del misterio en la persona), en la racionalidad de la fe (o sea, en su correspondencia con la dignidad y el bien de todo el hombre). En todo ello, precisamente, Felipe enseña.

Testigos de esa Presencia

Ante ese estado de cosas, la simple repetición verbal del anuncio se demuestra cada vez más insuficiente. La fe no se hace carne por medio de formas discursivas, por, genéricas apelaciones a valores morales, sino por el encuentro con testimonios que sean documentación concreta, atractiva, sorprendente de la Presencia de Cristo. Se conmueve el "corazón", se dilata la inteligencia sólo por ese testimonio inaudito de una novedad de vida que, no obstante el peso y la opacidad del pecado, es presentida como

esplendor de verdad y promesa de felicidad que suscita atracción y seguimiento. El testimonio significa sobre todo comunicar a los otros las razones de la experiencia de la propia conversión desde el estupor suscitado por el hecho de que la propia vida ha cambiado en leticia, en felicidad, en gusto y verdad. En el encuentro y compañía de Cristo la vida va siendo, en efecto, cambiada en todas sus dimensiones. A todo imprime su forma: a la vida matrimonial y familiar, a los afectos y amistades, al estudio y al trabajo, al empleo del tiempo libre y del dinero, al modo de mirar la realidad y juzgar los acontecimientos... hasta a los más pequeños detalles de la existencia. De tal modo, crece la "criatura nueva" que somos por el bautismo, en sentido ontológico, bien real, en cuanto protagonistas nuevos dentro del mundo, testigos de una vida cambiada, convertida en más humana. La fe se verifica, pues, como certeza experimentada en la vida y no como discurso nos llega a hacer exclamar "No soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí" (Gal. 2, 20) quiere decir que se hace carne en nuestro modo de afrontar toda la realidad. Y no se trata de un mero esfuerzo, en última instancia imposible, de coherencia moral del individuo, sino milagro de la gracia. La moralidad no es capacidad nuestra sino la posibilidad de Cristo en nosotros, el flujo de nuestra pertenencia a Cristo: "De todo soy capaz junto a aquél en quien está mi fuerza" (cfr. Gal. 2, 15).

Esa verificación de la fe en la vida es lo que suscita el atractivo de un Felipe Neri para todos los que lo encontraban. Bien se ha escrito que "Felipe no enseña ninguna doctrina particular, no impone ninguna práctica especial. No ordena nada; ya es mucho si sugiere. Pero sin que tenga necesidad de incitar (...), no es posible vivir un poco con él sin llegar a ser diverso de lo que se era". Su contacto "electrizaba las conciencias más indolentes", las "sacaba del letargo". No tiene Felipe un programa predeterminado y preciso de trabajo. Ni siquiera tuvo un proyecto fundacional. Todo se da a través de "este apostolado inusual, que depende todo del influjo personal, que comienza y termina con una simple amistad, pero que entretanto toda la vida de un alma se ha comunicado a otra", siendo ésta la característica constante de los métodos oratorianos[16]. ¿Pero acaso no es éste el método cristiano por excelencia? ¿No es el mismo método de Jesús con sus apóstoles y discípulos, los cuales, impactados por esa Presencia extraordinaria, singular, presienten sorprendidos, atraídos y conmovidos que ella corresponde a los anhelos del propio "corazón", sin que haya necesidad de grandes discursos para que lo sigan y se queden con él? Basta el "vengan y vean", "ven y sígueme". Es el comienzo de una amistad y diálogo de salvación. Así "pasa" la gracia, gracias a la encarnación, a través de las más concretas circunstancias de la vida. Hay en Felipe una tal unidad de vida que no es posible alejarse de él cuando se lo encuentra, sino por resistencia pecaminosa a la gracia de ese encuentro.

En Felipe la más total, íntima, mística unión con Dios se conjuga con la más cotidiana familiaridad, con la más inmediata, sencilla convivencia con las personas en todos los ambientes de la convivencia. Es como eremita en el desierto y, a la vez, constructor y partícipe de vida comunitaria y santo "ciudadano" por excelencia. Es testimonio tan irradiante, fascinante, espontáneamente contagioso, inmediato en la franqueza y en la caridad, comunicativo en su alegría y jovialidad, sencillo, sin artificios, con esa suprema libertad y humildad que derivan del confiarse tan sólo en las manos de Dios, que es percibido como cosa de "otro mundo", humanidad nueva, milagro de la gracia, don para quienes lo encuentran y conviven con él.

Volver a partir de la persona

Hay en Felipe Neri un don singular para acoger a las personas que la Providencia de Dios lleva a su encuentro. No hace acepción de personas, sino que establece una relación personal con las gentes más diversas, como edad, sexo, profesión, clase social,

nivel cultural, posición eclesiástica, talante moral. Las puertas de su corazón están siempre abiertas a esos encuentros como si cada uno de ellos fuera acontecimiento y promesa. Es sorprendente esa atención a cada persona en una acogida y comprensión amables y profundas de sus deseos y necesidades también de sus carencias y miserias, desde un respeto y confianza, tan "modernos", a su razón, a su libertad. Es la connatural capacidad afectiva que da el amor, la dilatación de la "caritas Christi" que se apasiona por la vida y el destino de quienes encuentra. Esa es la actitud primera. Como la de Jesús con el "joven rico", a quien, antes de todo diálogo, como narra sorprendido y conmovido el evangelista: "mirándolo en los ojos lo amó". "No se persuade -escribe Bouyer- sino a los que se ama, y no se ama sino a los que se conoce". Impresiona en "La vida de San Felipe Neri" escrita por Gallonio la cantidad de veces que se escribe: "conoce admirablemente las necesidades de los otros", "conoce los corazones de los hombres", "ve los pensamientos ocultos"...[17]. Se ha escrito que Felipe "lee en el corazón de los otros lo que ellos no saben leer en sí, porque les permite descubrir en ellos a Aquél que es más grande de su mismo corazón"[18]. En esa comunicación persona a persona -"cor ad cor loquitor" como decía Newman- hay toda una actitud y dinámica educativas, evangelizadoras. No en vano, Felipe tiene tan frecuentes y extensos coloquios con las gentes romanas más diversas, que prolonga con muchos en su cuarto, que para algunos se convierte en su "director espiritual", que dedica tantas horas al confesionario. La "dirección espiritual" y el sacramento de la confesión fueron ocupaciones constantes y privilegiadas de su celo sacerdotal. Es experto en humanidad"; "lo cor diventa savio" diría il suo Jacopone; es "santo del corazón". En forma suave pero decidida sabe hacer compartir todas las laceraciones y miserias de la persona. No cae nunca en un fogoso rigorismo. Es ministro de la misericordia de Dios. Sigue personalmente el crecimiento de sus amigos y discípulos, valorizando, en forma tan moderna, ser conciencia y su libertad. La persona sólo crece en su humanidad si encuentra un testimonio más grande de sí, una paternidad, una presencia extraordinaria, que le vaya como mostrando el camino del propio crecimiento, las encrucijadas de la propia libertad, las exigencias de la responsabilidad, sin quedar enredado en sus límites, sus pasiones, sus "justificaciones". Felipe Neri fue un auténtico "maestro de almas", pero no en un sentido intimístico, pietístico, sino en su don que abraza la persona y sus circunstancias, hasta la profundidad de su ser.

Pues bien, el sanguinario fracaso de las utopías, la mentira evidenciada de las ideologías, el impacto impresionante de imágenes que reducen la realidad a apariencias, las volatizaciones "espiritualistas"..., todo ello hace más necesario que nunca, hoy día, volver a partir, con realismo cristiano, de lo más concreto de la persona. "El hombre es el camino de la Iglesia", repite Juan Pablo II, precisando que no se trata de un hombre genérico sino de cada persona, en su singularidad, en su irreductibilidad a las condiciones biológicas o a la sujeción del poder, en las condiciones concretas de su existencia, allí donde está en juego su libertad y dignidad, en el drama entre el pecado y la gracia. No es cosa fácil. Es un combate espiritual. No en vano el hombre actual está sometido a una sistemática manipulación de su conciencia. La sociedad del consumo y del espectáculo, en la invadencia capilar y persuasiva de los potentes medios de comunicación y de control social, opera como una gigantesca máquina de distracción - de "divertissement" diría Pascal-, que censura y confunde los "por qué" más humanos, los interrogantes capitales sobre el sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, del destino de la persona, atrofiando los deseos constitutivos del "corazón" del hombre, que anhelan verdad, felicidad y justicia, plena realización en el amor. Una capa de trivialización, de banalización de la experiencia y de la conciencia del hombre lo distraen y reducen respecto de su propia humanidad. La cultura posmoderna tiende a esa desembocadura nihilista: una vida sin

fundamentos, sin razones ni ideales grandes, apenas un enredado de sensaciones y reacciones, una existencia fragmentada, empobrecida, comprimida dentro de los roles fijados por la máquina social y cultural. Es cada vez más fuerte y difundida la tendencia a reducir la persona a "cosa", a "instrumento", a "producto", a "número", a "mercancía"... Bastaría tener presente las graves amenazas que pesan sobre ella en los actuales procesos de manipulación genética, económica, cultural y política.

Hay, sí, que recomenzar desde la persona, más allá de los esquemas. Parece un objetivo ínfimo, desproporcionado, si se miran los grandes escenarios y problemas "globales". En fondo, se trata de abandonar el pensamiento -inevitablemente engañoso- que este modelo o aquel sistema, por la sola virtud de sus mecanismos, pueda sustituir y dispensar del cambio requerido en el "corazón" de la persona y de las actitudes y comportamientos que de ello derivan. Es el antiguo, inevitable dilema entre la pretensión racionalista, el mito revolucionario, que promete cambiar el mundo para rehacer al hombre, y el realismo cristiano que se propone rescatar una y otra vez, sin pausas, a la persona y a sus obras, congénitamente frágiles, reformables, mejorables, para dilatar formas de vida más humanas. Reconstruir la persona es, pues, desafío capital, que podría llamarse educativo: el reavivar en la persona la autoconciencia de la propia dignidad, el despertar y cultivar la humanidad del hombre, su sed de absoluto, de infinito. Se trata de educar una posición verdaderamente humana que se yergue con estupor, gratitud y responsabilidad ante la grandeza y belleza del ser en la persona, que sólo así se vuelve capaz de asumir su propia existencia con seriedad, con pasión por la propia humanidad, afrontando el drama de su libertad, y, por ello, lleno de positividad en el encuentro con los otros y en la construcción de la convivencia. Educar a la persona es introducirla a toda la realidad, ofreciéndole una hipótesis sobre su significado, y movilizándolo su inteligencia y efectividad para verificarla en la vida. Hay que repetirse que no hay mejor inversión, ni mayor riqueza, ni tarea más noble que un auténtico trabajo educativo. Reconstruir la persona no es obra de laboratorio cultural, ni de mecanismos políticos, ni de discursos ideológicos. Procede gracias a una experiencia nueva, en una renovada autoconciencia de sí, o sea, en una "metanoia", por medio de una "red" de encuentros humanos sorprendentes, que lleva a redescubrir la vida como don, en su vocación, dignidad y destino. La autoconciencia más plena de la persona se da en el encuentro con Jesucristo gracias a sus testigos. No hay texto más capital en el magisterio de Juan Pablo II que aquél que repite a menudo de la "Gaudium et Spes": "en realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado"[19].

Rehacer la cristiana trabazón de las comunidades eclesiales

Ahora bien, ¿cómo mantener la fe como acontecimiento viviente en la persona?; ¿cómo crecer en la novedad de vida de la "nueva criatura", ontológicamente regenerada por la gracia bautismal?; ¿cómo vivir la libertad de los hijos de Dios en medio de vicisitudes mundanas cada vez más homologantes?... ¿Cómo hacerlo sin un arraigo vigoroso en una concreta comunidad cristiana, viva, que sea morada para la persona, que abrace toda su vida, que sostenga y alimente la memoria de Cristo y la fidelidad a la tradición en todas las dimensiones de su existencia? Cuando los vínculos de pertenencia a la Iglesia son débiles y episódicos, hay sólo un consumo de sus servicios "religiosos". No basta tampoco una idea abstracta de Iglesia, sometida a nuestras precomprensiones y medidas. La excesiva confianza que muchas veces se ha puesto en planificaciones y "burocracias" hace que la Iglesia termine apareciendo para muchos como una empresa de servicios religiosos y exhortaciones morales modelada por los "proyectos" de sus actores. Además, somos herederos todavía de aquella contradicción, que tanto hizo sufrir a S.S. Pablo VI, entre la más bella y profunda

autoconciencia eclesial como fruto del Espíritu en las enseñanzas conciliares y los fenómenos masivos de desafección, contestación y alejamiento de su auténtica comunión. No puede extrañar, pues, que el actual pontificado y las sucesivas asambleas del Sínodo mundial de Obispos hayan insistido en la re-proposición de la "eclesiología de comunión", conforme a las enseñanzas conciliares en sus cuatro grandes constituciones y, en especial, en la "Lumen Gentium". Se trata de refundar, reconstruir y educar el "sensus ecclesiae". Hay que redescubrir siempre a la Iglesia como sacramento arraigado en la vida trinitaria, que "significa" al mundo entero el misterio del designio salvífico, revela la naturaleza peregrinante del pueblo de Dios, presente en la historia como epifanía de la inextinguible novedad y contemporaneidad del Cuerpo de Cristo. Se la acoge ante todo como un don. No es "nuestra", es de Dios. Si no se da esa in-corporación -en su profundo sentido teológico y existencial-, la Iglesia queda como un agregado más en la vida y no como ese "tremendo misterio" más radical y decisivo que cualquier vínculo familiar, étnico, social, político y cultural. Las circunstancias actuales no hacen más que destacar esta exigencia. En efecto, estamos hechos para la comunión pero todo tiende a ofuscar nuestro origen, el deseo de nuestro corazón, nuestro destino. Hoy se da un acelerado proceso de disgregación del tejido social por doquier, en sociedades cada vez más fragmentadas en una multiplicidad de intereses, culturas y conflictualidades particulares, en la que crece sea la indiferencia sea la hostilidad de los unos con los otros. La libertad concebida como autosuficiencia individualista rompe los vínculos de pertenencia y deja al "yo" aislado, en condiciones de fragilidad; desamparo y dependencia bajo los influjos del poder, en creciente masificación impersonal. No basta obviamente la comunicación "virtual". En la "aldea global" de las comunicaciones lo que más hace falta son verdaderos encuentros, compañías y amistades, una dinámica real de comunión. Por eso mismo la exhortación apostólica "Christifideles laici" decía que "para rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana" -comenzando desde la familia y los "cuerpos intermedios"- hay que "rehacer la cristiana trabazón de las comunidades eclesiales"[20]. La Iglesia ha de ser cada vez más "forma mundi" -germen, signo y flujo de nueva sociedad dentro del mundo- en cuanto comunidad visible de personas muy diversas -pobres pecadores confiados en la misericordia y gracia de su Señor- que viven relaciones verdaderas, más humanas, caracterizadas más por el "ser" que por el "haber" y el "poder", de sorprendente fraternidad, don milagroso de unidad que los hombres no pueden conquistar con sus solas y desordenadas fuerzas. Siempre expuesta al pecado de sus miembros, siempre en "examen de conciencia", siempre suplicando el perdón y en actitud de conversión y renovada fidelidad. Por otra parte, en ambientes de marginación y religiosidad tradicional, cuando falta o es insuficiente la propuesta comunitaria de la Iglesia, se corre el riesgo, ya tan presente, de la implantación y atractivo de las comunidades cálidas y "salvacionistas" de origen "evangélico" y "pentecostal".

Es hoy más que nunca fundamental y urgente, pues, "la formación de comunidades cristianas maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y comunión sacramental con El, de existencia vivida en la caridad y en el servicio"[21]. Toda comunidad cristiana -familias como "iglesias domésticas", parroquias, asociaciones, comunidades religiosas, comunidades eclesiales de base, movimientos...- está llamada a vivir y testimoniar ese misterio de comunión, como morada y humus de educación de la persona, de adhesión al cristianismo como acontecimiento viviente, de crecimiento de la libertad ante las presiones conformistas del ambiente y de su responsabilidad apasionada por el propio destino y por el de los demás. No depende esto de una multiplicación de iniciativas ni de renovaciones de fachada. Es obra de los dones sacramentales y carismáticos, que son coesenciales en la Iglesia, fundándola y

siempre renovándola. La historia de la Iglesia nos muestra que los movimientos de renovación que el Espíritu suscita para revitalizar la fe y la misión vuelven a las fuentes y reactualizan en formas muy diversas aquel arquetipo de la comunidad primitiva en la que todos los hermanos tenían "una misma alma y un mismo corazón", acudiendo "asiduamente a la enseñanza de los apóstoles", congregados en la fracción del pan y las oraciones, poniendo vida y bienes en común. En tales corrientes de santidad y nueva evangelización, los carismas han suscitado una singular afinidad espiritual en íntimos vínculos de amistad, en compañías vocacionales y educativas, en formas comunitarias intensas y siempre nuevas. Por eso, Juan Pablo II alienta como "providenciales" a los llamados nuevos movimientos y comunidades eclesiales[22]. Por eso también resulta interpelación providencial la reactualización pujante del carisma de Felipe Neri en los Oratorios. "La Iglesia se adorna con la variedad", recordaba Baronio.

La libertad de formas en que se realiza el misterio de comunión a lo largo de la historia encontró, en efecto, en el Oratorio una realización sorprendente y fascinante. Impresiona leer hoy aquel testimonio de Baronio: "Parecía como si los bellos tiempos de los primeros cristianos y de sus asambleas apostólicas fuesen vueltos a vivir y adaptadas a las condiciones del momento"[23], de modo tan fascinante que hubo quien exclamara: "nos parecía estar en el cielo"[24]. Lo mejor, pues, que el Oratorio puede ofrecer es demostrarse capaz, por resurgimiento desde su fuente, de volver a proponer en toda la densidad y riquezas evangélicas, cristianas, eclesiales, de su originaria irrupción y epifanía, el milagro de esa familia de hermanos y padres reunidos "en espíritu, en verdad y en simplicidad de corazón", esa unidad sorprendente y fascinante que irradia en la vida de la Iglesia y de la convivencia ciudadana.

Hay quien llamaba también al Oratorio "república bien ordenada", precisamente en tiempos de fasto renacentista, de centralización monárquica y de poder inquisitorial en el Papado. Felipe vivió alternativamente tiempos de persecución y prueba para su persona y su obra y de especial amistad, confianza e influjo con Papas y dignatarios de la Corte pontificia (que, algunos de ellos, participaban en los oratorios). No era hombre para "políticas" o para "vanidades" eclesiásticas, pero de una comunión a toda prueba, especialmente con el Vicario de Cristo, fuese cuales fuesen sus cualidades morales[25]. La prueba de la autenticidad de un carisma ¿no es acaso la inserción de su ímpetu espiritual y apostólico en el flujo de vida de la tradición y la comunión de la Iglesia, en obediencia a los ministros, custodios y garantes que el mismo Espíritu ha constituido y asiste para hacerla crecer en verdad, santidad y caridad? ¿No se prueba también en una nueva conciencia y fervor respecto de los dones sacramentales y en un reconocimiento admirado y grato de muchos otros dones carismáticos con los que el mismo Espíritu funda y siempre renueva a su Iglesia? El testimonio de Felipe al respecto es más que elocuente. ¡A cuántos de sus dirigidos espiritualmente, de sus discípulos del oratorio, orientó hacia la vocación religiosa, dominicana, franciscana, jesuita...! Son todos éstos fundamentales signos de discernimiento y eclesialidad que mucho importan en la actualidad, caracterizada por una fecundidad de dones del Espíritu en una variada novedad de formas de "sequela Christi", en una "nueva etapa asociativa de los fieles laicos"[26].

Dignificación y formación de los fieles laicos

Es cierto que en los tiempos de Felipe Neri abundaban iniciativas y movimientos laicales en diversos países europeos. L. Huetter llamó al siglo XVI como "el siglo de oro de las cofradías romanas"[27]. Pero aún en ese contexto el Oratorio es sorprendente intuición profética en la que se realizan muchas de las que serán "adquisiciones" de la vasta corriente histórica de "promoción del laicado" en tiempos contemporáneos,

conforme a las enseñanzas del Concilio Vaticano II. De ellas, el "instrumentum laboris" del Congreso de la Familia Oratoriana señala el cuadro fundamental de las cuatro constituciones conciliares y ofrece una apretada síntesis. El Oratorio ilustra cabalmente lo que son actualmente los tres ejes de recapitulación y orientación con los que se titulan los capítulos de la exhortación apostólica "Christifideles laici": "la dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-misterio", "la participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia-comunión", "la corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-misión". Sólo con la afirmación de las tendencias "contra reformistas" -temerosas de la exaltación unilateral y excluyente del sacerdocio común de los fieles- se irá imponiendo un "clericalismo" que requerirá luego desde mediados del siglo XIX un vasta y diversificada corriente de "promoción del laicado" gracias a una renovada autoconciencia del ser y misión de la Iglesia.

Es efectivamente sorprendente constatar que en el método mismo del Oratorio se concentran preciosas indicaciones de participación, corresponsabilidad y formación de los laicos que conservan hoy día su más plena actualidad y desafío. No se trata sólo de recordar al Felipe que vive su fe como laico, que es partícipe de "cofradías" -¡las "comunidades eclesiales de base" de ayer!-, que siendo laico recibió el gran don del Espíritu en aquella "noche de fuego", que sólo por obediencia acepta ser ordenado sacerdote, que sale al encuentro de las personas en los lugares tan "laicales" de convivencia, como las calles, plazas, casas y negocios de la ciudad[28]. Más importante aún es tener presente cómo va perfilándose su gran intuición pedagógica. Tarugi evoca las reuniones del primer "cenáculo" la habitación del Padre, luego en la buhardilla sobre la Iglesia, en forma muy sugestiva: "¡Este nuestro oratorio de Roma no nació de un pensamiento o de una intención humanos! Nació de las necesidades de los que iban a confesarse y querían aprender varias cosas útiles a los principiantes en el camino del Espíritu (...). Y como había un solo padre, él no podía hacerlo todo"[29]. No se los podía dejar solos, aislados. Felipe se fue dando cuenta de ir más allá de la mera práctica sacramental y de la dirección espiritual, sin abandonarlas por cierto, sino más bien integrarlas persuasivamente en el cuadro de una forma comunitaria de encuentro, de diálogo, de aprendizaje que superase los límites de los buenos propósitos sugeridos por el confesor y ofreciese una nueva y ulterior posibilidad de vinculación, de sentido de pertenencia eclesial, de crecimiento cristiano, de verificación de la fe en la experiencia y en la inteligencia de la persona, de unidad de la fe y la vida, la fe y la cultura, la fe y la caridad. "Aquellas reuniones eran (...) como una forma de dirección espiritual colectiva, de modo que se superaba el riesgo del subjetivismo sentimental, aislante y egoísta"[30]. Sabemos que la estructura completa del oratorio ha sido delineada en sus líneas esenciales y hasta en sus detalles por muchas memorias, entre las que se destaca el breve texto de Baronio: "De originii Oratori". En verdad, "ha sido por designio de Dios que se haya renovado en nuestros tiempos -escribía Baronio-, en Roma, según el modelo de las reuniones apostólicas, la edificante práctica de conversar familiarmente sobre las cosas de Dios y comentar con sermones sencillos sus palabras. Esta ha sido la obra del Reverendo Padre Felipe Neri, florentino, que como hábil arquitecto puso sus fundamentos. Se organizó de manera que casi cada día aquellos que deseaban la perfección cristiana acudían al ORATORIO"[31]. El Oratorio no es un curso ni de exégesis bíblica, ni de catequesis, ni de doctrina (no faltaban escuelas y cátedras en Roma...). Es ir empapando la vida con el flujo vivo de la novedad cristiana que viene de su tradición y que abraza todas las dimensiones de la existencia y de la convivencia. Su mismo estilo es bien "laical": un espíritu de familia, nada de retórica, sencillez, alegría y simpatía en la amistad, buenas dosis de humor, la participación abierta y la libertad valorizada -no hay estatutos, ni inscripciones-, un diálogo de 360 grados sobre temas variados de especial interés, la ausencia de un programa y un tiempo muy determinados... y su extraversión en los

extraordinarios "oratorios al abierto", "paseos de la fe" y "visita de las siete iglesias" por los itinerarios de la tradición y la convivencia romanas. La familiaridad cotidiana con la que se comparte y saborea la Palabra de Dios para que "penetre" y "cambie" la vida es fundamental para la formación cristiana ("las cosas de la divina Escritura -decía Felipe- más se aprenden con la oración que con el estudio")[32]. La importancia dada a la historia de la Iglesia, las continuas referencias al testimonio de los mártires, a los escritos patrísticos, a la vida de los santos, es índice evidente de cómo esa formación iba incorporando progresivamente preciosas riquezas de la gran tradición católica. Está incluida también la introducción de las personas a la oración personal y litúrgica -memoria viva de la Presencia de Cristo durante la jornada-, y a la vida sacramental, colocando al centro de toda la vida personal y comunitaria la participación frecuente a los sacramentos de la reconciliación y de la eucarística, vivida con extrema piedad (prolongada en la práctica de la adoración). "Sin la oración -decía el Padre- no se puede durar mucho en los caminos del Espíritu"[33]. No faltaba ni la música ni la poesía. Se compartía la vida -inquietudes, interrogantes, conocimientos y esperanzas- de los que participaban en el Oratorio. Acontecimientos de la vida presente de la Iglesia eran también motivo de reflexión, como las lecturas de cartas que provenían de la misión en las "indias". Los "razonamientos" sobre diversos temas y hacia el final un "sermón familiar bien elaborado", especialmente sobre los "novissimi" (el "cielo" siempre estaba presente en la vida y esperanza de Felipe), operaban como estímulos y alimentos de profundización cristiana. La paternidad de Felipe era discreta y suave, interviniendo sólo en lo necesario, corrigiendo, proponiendo, exhortando con fervor. En el Oratorio, "todo hacía referencia a la primacía de Dios, casi como si se acabara gozosamente de descubrir"[34], que habla al corazón de quienes abren sus puertas al Misterio y acogen su revelación de verdad y de vida. Para quienes quisieran ahondar aún en la familiaridad con el Misterio presente, en un camino de mayor perfección cristiana, estaba la posibilidad de asistir al "Oratorio pequeño" (que, a diferencia del grande, que se reunía diariamente poco después del almuerzo, lo hacía a finales de la tarde). Todo esto constituye un programa esencial y lleno de actualidad para la necesidad de formación, participación y corresponsabilidad de los laicos en nuestros días.

En efecto, hoy mismo nada puede darse por presupuesto ni por descontado. ¡Cuántos bautizados que mantienen sepultado el germen de vida nueva recibido en el bautismo! Para cuantos "laicos" la fe va quedando reducida a una lejana iniciación cristiana, a algunas prácticas rituales, a la afirmación cada vez más selectiva de algunos principios doctrinales y morales. Hay un enorme trabajo educativo, evangelizador y catequético a realizar para la convocación, la conversión y el crecimiento cristiano. Ante todo, ¡la conciencia y la experiencia de ser "Christífideles"!, de un encuentro y un seguimiento en que crezca la "nueva criatura", su sentido de pertenencia como miembro del Cuerpo de Cristo, su arraigo en la sacramentalidad y tradición de la Iglesia, la novedad de vida como testimonio en el mundo. No puede descuidarse, en fin, la contribución singular e insustituible de los laicos a la misión de la Iglesia -que caracteriza su misma vocación cristiana-, que es la de "tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios"[35]. Mientras el magisterio eclesial relanza la "doctrina social" y abunda en intervenciones y exhortaciones de iluminación cristiana respecto de las más variadas cuestiones sociales, ¿cómo no advertir una manifiesta fragilidad y escasa significación en el testimonio de los fieles laicos en los diversos campos cruciales de la construcción de la sociedad? Diversos factores pueden explicar esa carencia: la crisis sufrida por la generación de laicos "comprometidos" en tiempos del inmediato posconcilio en altas mareas de hiperpolitización e ideologización, la extrema secularización de los ambientes más dinámicos y complejos de la sociedad, una cierta "privatización" de la experiencia creyente, el influjo de la "liviandad" de la

cultura posmoderna...Hoy día se sufre mucho la tentación de un cierto repliegue eclesiástico de los laicos, apenas considerados como auxiliares de un clero escaso en actividades parroquiales, multiplicados e inflados con exceso los ministerios "laicales" -aunque de por sí importantes- al servicio de las comunidades cristianas, convertidos en "agentes pastorales", no suficientemente educados a adherir a la fe como acontecimiento de vida nueva en todos los órdenes, no suficientemente acompañados, sostenidos y alimentados para dar un testimonio cristiano límpido y eficaz en los más diversos ambientes sociales, económicos, políticos y culturales, en los más diversos "aerópagos" de un mundo cada vez más descristianizado, más necesitado de crecimiento en humanidad y justicia.

La compañía y servicio sacerdotales

Los laicos son los primeros a tener viva conciencia hoy de la necesidad que tienen de santos sacerdotes, que preparados "cuidadosamente para ser capaces de favorecer la vocación y la misión de los laicos" y promover su dignidad, que los "oigan de buen grado", que reconozcan su experiencia y competencia", que acojan "con gozo y fomenten con diligencia los multiformes carismas..."[36]. Más que nunca advierten la importancia de la compañía educativa en la fe que abrace toda la realidad de su vida, por parte de quienes, configurados sacramentalmente a Cristo se muestran auténticos testigos del Buen Pastor y operan como ministros de la Palabra y de los sacramentos. En efecto, más allá de millares de anécdotas eclesiásticas, ha ido superándose, en línea de tendencia, por una parte, el "clericalismo" como mentalidad (aunque sus inercias sean potentes) y, por otra, la promoción de los laicos como oposición y conquista de espacios, reduciendo y contaminando la comunión a tensiones y pujas para la redistribución de poderes y derechos. Las densas e intensas experiencias de colaboración que se han dado especialmente en estos tiempos posconciliares han ido ayudando a crecer en la conciencia de la "Iglesia-comunión", en la que "los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro", en cuanto modalidades diversas y complementarias de vivir la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad[37]. Pues eso mismo fue intuitivo, vivido y propuesto por el Oratorio desde su constitución original. Laicos y sacerdotes participaban en el Oratorio, a modo de fraternidad de "Christífideles". *Es a través del Oratorio y para el servicio del Oratorio que fue conformándose luego la Congregación de los Padres.* Sabemos que Felipe Neri no consideró su carisma como de fundación de otra "comunidad religiosa": "la Santísima Virgen es su inspiradora" dirá Felipe de la Congregación del Oratorio, y sus discípulos reconocerán "que salió de sus manos como sin quererlo"[38]. Bien se ha señalado que "la Congregación nace como comunidad clerical al servicio de la obra secular", para "perpetuar la obra y el funcionamiento del Oratorio, destinado a los laicos que lo componían" (...) *Fundó una comunidad que se convirtió en presbiteral, pero dentro del Oratorio seglar, a su servicio para ayudar prácticamente a los laicos a vivir el sacerdocio derivado para ellos del Bautismo y del carácter misionero vinculado con el carácter de cristiano*"[39]. A la vez, una comunidad sacerdotal testimonial -¡de "vida apostólica"!- núcleo servicial y propulsivo, es fundamental para la con-vocación y crecimiento de una comunidad cristiana, de la obra laical. Aún la misma fisonomía que S. Felipe quiso dar a su Congregación corresponde perfectamente a su método de vivir y hacer vivir la experiencia cristiana a todos los bautizados: la más radical entrega a Cristo, valorizando la libertad en la pronta y total obediencia, arraigada en la estabilidad comunitaria de la propia morada, confiada más en la gracia y misericordia compartidas que en el derecho y los poderes, sin formalidades que arriesguen burocratizarla, en una amistad comunal que deje el más amplio espacio al talante, a

la responsabilidad y creatividad de cada uno de sus miembros y de cada uno de los oratorios, prevaleciendo sobre todo la caridad como "única regla" (al decir de San Felipe). Bien se ha destacado el hecho sorprendente que "¡precisamente cuando el Papa anterior, Pío V, había establecido la generalización de todas las formas de vida evangélica en la iglesia, Gregorio XIII reconoce una nueva forma, que rompe el rígido esquema anterior, según la cual las virtudes evangélicas se pueden practicar sin votos, "con los solos vínculos de la caridad"![40]. Un "unicum" en la iglesia[41] que carga de gran responsabilidad, sólo posible si está sostenida por abundantes gracias suplicadas, imploradas, mendigadas...

No puede extrañar que, en el cuadro de una progresiva "clericalización" de la Iglesia en tiempos del "tridentino" tardío, haya habido fuertes impregnaciones de clericalización de muchas comunidades y obras eclesiales. Para la Familia Oratoriana es, sin duda, materia fundamental, dentro de la riqueza diversificada y legítima de formas de inculturación del carisma de S. Felipe Neri, esa relación entre el Oratorio y la Congregación del Oratorio, reactualizando y profundizando siempre la propia originalidad -o sea, la novedad de su origen-, a la luz de las enseñanzas del Concilio Vaticano (¡y hay una admirable convergencia entre esa originalidad y tales enseñanzas!) y de la disciplina normativa adecuada.

Una nueva evangelización

"Ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización", desplegando una nueva etapa histórica del dinamismo misionero de la Iglesia"[42]. Tal es la convocación incesante del actual pontificado: "nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión"[43]. Juan Pablo II ha querido condensar, en este lema iluminante y movilizante, la actualización del mandato misionero confiado por Cristo a su Iglesia, según el designio y legado del Concilio Vaticano II, para testimoniar y anunciar la presencia de Jesucristo, "Redemptor hominis", en todas las situaciones, ambientes y culturas en estos tiempos de albores del tercer milenio. Lo requiere, por otra parte, el desafío de una radical y difundida descristianización y es condición para abrir caminos más humanos en la vida de las personas y en la convivencia social.

La misión no es un agregado a la vida cristiana sino su comunicación, como por ósmosis, de persona a persona, de experiencia en experiencia, de comunidad a comunidad. No procede por estrategias o programas, ni por operaciones de "marketing" para hacer más vendible el producto, sino por el ímpetu grato y gozoso de quienes, habiendo recibido y experimentado el don de la fe como verdad, bien y belleza de la propia vida, lo comunican y proponen a la libertad de todos los que encuentran, dando razones de su esperanza. Por eso, convertirse en protagonistas de la nueva evangelización requiere una autenticidad evangélica de vida cristiana, más allá de los empantanamientos del problematismo, del escepticismo inhibitorio, del conformismo en el tram-tram eclesiástico.

Felipe huía de toda retórica, de toda abstracción genérica, y quizás por ello se hubiera espantado del abuso discursivo por parte de instancias eclesiásticas sobre la "nueva evangelización". Como si su importante contenido y exigencias terminaran desgastándose en una jerga autocomplaciente de "aparato". Más que proclamas, debates y programas, le gustaría preguntarnos: ¿qué esperan para anunciar a Dios y hacer el bien entre las familias y los lugares de trabajo, en las escuelas y universidades, en los lugares donde transcurre la vida ordinaria de la gente? Y nosotros podríamos prolongar esa pregunta interpelante: en los ambientes sociales y culturales en los que ha procedido la desertificación de la descristianización, ¿cómo hacer florecer el acontecimiento cristiano en cuanto respuesta, sorprendente y gratuita y, a la vez, practicable y ventajosa para quienes se topan con ella? ¿Cómo implantar la Iglesia en

los diversos ambientes ciudadanos, entendida como memoria de encuentros que cambian la vida, generando vínculos más humanos, más fraternos, entre las personas? Es verdadero cuanto escribía al respecto el Cardenal J. Ratzinger, recordando que la Iglesia, después del tiempo apostólico, desarrolló una actividad misionera relativamente modesta, sin montar una estrategia propia para el anuncio de la fe a los paganos y, no obstante, fue el período de mayor éxito misionero. "La conversión del mundo antiguo al cristianismo no fue el resultado de una actividad apostólica planificada, sino el fruto de la verificación de la fe tal como se hacía visible en la vida de los cristianos y de las comunidades cristianas. La invitación concreta de experiencia en experiencia, y nada más, fue, humanamente hablando, la fuerza misionera de la Iglesia. La comunidad de vida de la Iglesia invitaba a compartir esta vida en la que se hacía accesible la verdad que estaba en su origen"[44]. Lo mismo queda demostrado con la actividad misionera de Felipe Neri y los suyos. Aquel deambular por calles, plazas y jardines, por casas de familias y lugares de trabajo, por hospitales e iglesias, recorriendo la ciudad de Roma, era ese ir "ad gentes", en un tejido de encuentros, coloquios y amistades por donde "pasaba" el testimonio y anuncio cristianos: "¡apóstol infatigable en la plaza pública!"[45]. Por eso, podía exclamar: "¿dónde habría podido ejercer el bien o convertir a los pecadores, sino en medio del mundo?"[46]. La misión "ad gentes" comienza, sí, en el propio entorno, entre los "prójimos" que la Providencia de Dios nos encomienda. Para Felipe, tan apasionado en su celo misionero por las cartas de Francisco Javier y las narraciones de muchos otros evangelizadores de los "nuevos mundos", sus "Indias están en Roma": ¡apóstol en la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo! Dios dispuso el testimonio misionero de Felipe Neri en Roma, en las circunstancias concretas de la convivencia ciudadana, pero la "urbe del orbe" llevaba en sus entrañas su proyección católica, universal. Con buenas razones San Felipe Neri "podría ser proclamado patrono de la segunda o nueva evangelización"[47].

No hay sectores específicos que limitan la proyección misionera de Felipe y los suyos, abiertos a las más diversas iniciativas espirituales, caritativas, pedagógicas, pastorales y apostólicas. "Ninguna forma predeterminada de apostolado -dice el "instrumentum laboris"- define nuestro 'scopus'"[48]. Sin embargo, de su testimonio emergen ámbitos humanos a los que ha dedicado especial atención y compañía y en los que ha tenido fuerte impacto evangélico. Corresponden, por otra parte, a ámbitos preferenciales y fundamentales de la "nueva evangelización" en nuestro tiempo[49].

Opción preferencial por los jóvenes

El ejemplo de Felipe compromete especialmente a sus discípulos en lo que la Iglesia llama actualmente "opción preferencial por los jóvenes"[50]. Fueron jóvenes - estudiantes y cortesanos, aprendices y artesanos- los primeros compañeros del joven Felipe. Su testimonio resultó especialmente atractivo para ellos. S. Carlos Borromeo aseguraba que "messer Felipe ha un dono particolare di governar giovani, ed é tanto amato da loro e riverito, che non vi é sorta di ubbedienza che non facessero prontamente"[51]. Impactó a sectores de una juventud "renacentista" inteligente y crítica, seductora e insolente, a menudo terriblemente viciada. Recuperó al gusto por la vida a jóvenes abandonados a la vagancia, encerrados en los formalismos y mundanidades de la corte pontificia, prisioneros de la instintividad y la sensualidad. Supo ver a fondo en su "corazón" el deseo y la esperanza de una vida más humana, más verdaderamente feliz, porque investida por un ideal que convierte en razonable vivirla a fondo en la entrega de sí a Dios y a los demás. Felipe enseña que sólo encontrando una verdadera positividad humana, el joven se siente "tocado" en su corazón, interpelado en su libertad, atraído en su inteligencia y afecto. Por eso, es tan cierto lo que decía S. S. Pablo VI, en el sentido de que el cristianismo se hace carne en

la vida, mucho más que por medio de discursos, gracias a los testigos (que así se convierten en los mejores maestros). El desencanto, el escepticismo y la instintiva alergia de los jóvenes a los tonos moralistas, a las retóricas abstractas, sólo pueden ser vencidas por el testimonio-anuncio de una fe que procura un "placer" más grande, una libertad y una plenitud humana mayores que lo que el mundo puede ofrecer. Hoy día, son muchos los jóvenes "huérfanos", por disgregación matrimonial y familiar, por práctico abandono de la responsabilidad educativa de los padres, por confusión en la babel de imágenes y estímulos, mensajes y sensaciones, por homologación de estilos y modas inducidas por la sociedad del consumo y del espectáculo, por ausencia de auténticos educadores y maestros. No hay algo más noble que merecer el título de educadores de los jóvenes, para guiarlos en la introducción a toda la realidad con una hipótesis de significado de toda la realidad, de sentido de la propia existencia, de compañía para verificar esa hipótesis en la propia vida. Como Felipe, hay también que huir de toda facilonería, de toda retórica juvenilística, sin condescender a halagos; en aquel "state buoni, se potete" dirigía su invitación suave pero exigente a la auto educación, a la valorización de sus energías, a la confianza en la misericordia de Dios, al perdón del pecado y a la obra de la gracia.

El espectáculo de los encuentros mundiales de juventud con el Papa son hoy una realidad significativa, de no pocos frutos y esperanzas, pero también un gran desafío de seguimiento, de compañía y de crecimiento respecto de las nuevas generaciones emergentes. No bastan los momentos exaltantes; los jóvenes... "fuochi di paglia", decía Felipe, pero luego agregaba: "Dichosos vosotros, los jóvenes, porque tenéis tiempo y fuerzas para haceros santos"[52] (como Juan Pablo II en Santiago de Compostela: "¡no tengáis miedo de ser santos!") [53]. Están llamados a ser los protagonistas de la nueva evangelización y de la construcción de sociedades más humanas en los albores del tercer milenio.

Amor preferencial por los pobres

En segundo lugar, mutilaríamos el testimonio de Felipe y lo que puede esperarse de cristianos "oratorianos" si no se destacara lo que actualmente denominamos "amor preferencial por los pobres", "solidaridad con los que sufren", con los necesitados y desamparados, en una caridad sin discriminaciones ni exclusiones. Felipe estuvo siempre amablemente abierto y dispuesto a todo encuentro, desde los más humildes aprendices hasta los personajes de corte. El oratorio primitivo permite visualizar ese misterio de unidad que reúne a gentes diversísimas, rotas todas las discriminaciones mundanas de "categorías", "hombres" y "dignidades", en la común familia de los "christifideles". Pero no sólo en tiempos de su juventud -desde el influjo de la Archicofradía de la Caridad en S. Jerónimo a la formación de la Cofradía de la Trinidad-, sino durante toda su vida, Felipe experimentó y testimonió que un signo constitutivo de la vida cristiana es el servicio a los pobres. No hubo dolor, miseria y pobreza que Felipe y sus amigos no socorrieran. No hubo "grandes" cosas ni ocupaciones absorbentes que lo distrajeran y alejaran de esa "constante" suya y de sus amigos, vivida como exigencia ineludible para quienes "hacer el bien". Sabemos de su compañía a los enfermos en medio de la horrenda miseria y suciedad de los hospitales -tan abandonados y repugnantes en aquellos tiempos-, de su hospitalidad y todo tipo de servicios a los peregrinos que llegaban a Roma, de su solidaridad con los gitanos, de su presencia cercana a los moribundos, a los huérfanos, a los encarcelados, a las parturientas. Las memorias del proceso de su canonización han puesto a la luz los gestos y frutos de su "caridad secreta", de los que están repletas. Felipe no necesitó de ninguna nueva teología para practicar ese amor preferencial a los pobres, considerados por los padres de la Iglesia como "segunda eucaristía". El mismo vive en la pobreza,

tan grato por el tesoro de la gracia, sólo confiado en la misericordia de Dios, tan lejano de toda codicia y vanidad mundanas, desde una actitud desprendida, de impresionante libertad.

¿Pues cómo vivir ese testimonio evangélico de Felipe ante una convivencia social que nos enfrenta hoy a las más diversas formas de marginación, pobreza y desamparo. Los procesos de "globalización" están intrínsecamente acompañados por modalidades y amenazas crecientes de exclusión, a veces de pueblos enteros. Multitudes ven atropellada su dignidad humana en la carencia de pan, techo, salud, trabajo, libertad. Viejas y nuevas pobrezas se acumulan y entrelazan. Rostros de los pobres nos interpelan en las multitudes hacinadas en las degradadas y hasta miserables periferias urbanas, en los ancianos desamparados, en los niños sometidos a violencias físicas y morales, en las mujeres abandonadas y "usadas", en los migrantes y refugiados, en los minusválidos, en las víctimas de la droga, de la violencia y la guerra, en los enfermos sin compañía ni esperanza. ¿Quiénes si no los cristianos -en tiempos de derrumbes de utopías y de militarismos ideologizados- están hoy llamados, en primera línea, a reasumir esa tarea de servicio a los pobres, de denuncia del pecado como raíz de toda opresión y objetivado en estructuras inicuas, de anuncio y custodia de la suprema dignidad de las personas creadas a imagen de Dios, de testimonio de la "caritas Christi" hacia todos los que sufren, de compañía solidaria en el camino de una auténtica esperanza y liberación? No es cuestión, por cierto, de reducir la fe a moralismos crispados o a buenos sentimientos. Sólo quien ha encontrado una gracia grande en la propia vida llega a establecer con el otro una relación gratuita, paciente, activa, duradera, constructiva. Si no, es inevitable que el otro sea cancelado por la indiferencia o se convierta en objeto de instrumentalización, que son las actitudes dominantes de las relaciones mundanas. Sabemos que la caridad no es iniciativa humana sino de Aquél que nos amó primero y que dio su vida por sus amigos. El amor verdadero se prueba siempre persona a persona, se manifiesta en la actitud y el gesto del buen samaritano, reconoce en los pobres la imagen de Aquél que los declaró bienaventurados, sabe tomar las medidas y construir las obras más oportunas para la dignificación de los necesitados y se despliega aún en una "caridad política" que, sin soñar en futuros mundos perfectos, se compromete con todo lo que vaya abriendo caminos hacia formas de vida más dignas del hombre y de los pueblos. El Papa urge a comprometerse en el camino de una "globalización de la solidaridad"[54].

Misericordia y ecumenismo

En tercer lugar, el testimonio de Felipe invita hoy día a una compañía misericordiosa de todos aquellos que viven lejanos de toda referencia cristiana, aferrados en su cuerpo o en su espíritu por el poder del pecado. ¿Acaso hay pobreza más radical que la orfandad de Dios, que es la pérdida de la propia vida? Hay en Felipe, en el seguimiento de Jesús, ese ir al encuentro de los "pecadores", desde el rechazo del pecado que le "apesta" hasta físicamente pero con una caridad hacia las personas que no pone precondiciones para su encuentro, coloquio y propuesta de conversión y perdón. No vino el Señor por los "justos". Escribe Péguy: "Las personas honestas no presentan aquella apertura provocada por una horrible herida, por una inolvidable miseria, por una invencible añoranza, por un punto de sutura mal anudado, por una secreta amargura, por un precipitar perpetuamente disfrazado, por una cicatriz eternamente mal curada. Los honestos, pues, no presentan esa apertura a la gracia que es esencialmente el sentirse pecadores"[55]. Moralismo y fariseísmo van de la mano. La humildad de Felipe, por el contrario, lo caracteriza por lo que se ha denominado una actitud "ecuménica": no es el oratorio segregación moralista de la convivencia ciudadana, ni encierro protectivo de los "buenos", ni ghetto narcisista, sino lugar atento y abierto a la

valorización de todo signo de bien, de verdad y belleza en la vida de las personas[56]. Porque hay una hipótesis de positividad al afrontar toda la realidad -en Cristo todo consiste y subsiste, amor más fuerte que el pecado y la muerte-, el corazón se hace magnánimo, lleno de esperanza, confiado en que el Señor es quien siembra, hace crecer, fructifica y recoge. A diferencia de un Savonarola -a quien, por otra parte, mucho admiró-, Felipe no tiene como estilo el de las invectivas morales. Ni presiones, ni amenazas, ni inquisiciones, ni violencias. Está lejos de reducir el cristianismo a un conjunto de reglas morales o a blandir condenas contra los males del mundo. Como Jesús, "no perdió sus años gimiendo e interpelando la maldad de los tiempos. El corta corto. En un modo muy simple, Haciendo el cristianismo. No se puso a incriminar y a acusar a alguien. El Salvó. No incriminó al mundo. Salvó al mundo"[57]. Es testigo y ministro de Misericordia, que es el nombre y atributo más impresionantemente misterioso de Dios para nuestras tan limitadas medidas humanas y cristianas. El grande Newman decía que más que "evangelizar" se trataba de "reconstruir" y "reintegrar" a la vida cristiana (más que por el bautismo, por el sacramento de la reconciliación -hoy tan descuidado, agregaría-). Ciertamente es que desde entonces la descristianización ha dado pasos de gigante, ha quedado muy erosionada la memoria de la tradición cristiana y hoy asistimos a la "apostasía" de vastas multitudes. No cabe más presuponer una base de "cristiandad". Por eso, quizás, Juan Pablo II ha escrito que "la misión ad gentes está todavía en sus comienzos"[58]. Hay que re-comenzar, como en el ímpetu apostólico "primitivo", a testimoniar y anunciar el Evangelio como novedad y esperanza para los hombres de nuestro tiempo -tan alejados de la tradición cristiana, del influjo cristiano en su vida-, por amor a su vida y destino.

Evangelización de la cultura y las artes

Tendría que destacarse también la apertura de espíritu, la atención y sensibilidad, con las que Felipe Neri y el Oratorio, desde sus comienzos, consideraron las actividades culturales y artísticas[59]. No en vano Felipe es hijo de la Florencia "humanista" y "renacentista". No hay en ello nada de "academicismo" o de "esteticismo". Es la misma experiencia del Oratorio que lleva a un desarrollo de tales actividades. Los estudios de historia de la Iglesia y patrísticos, las investigaciones arqueológicas y la literatura hagiográfica reconocen su génesis en las necesidades y estímulos de las reuniones "oratorianas". Los famosos "anales" de Baronio nacieron como lecciones tenidas al oratorio para enriquecer la formación cristiana y el horizonte cultural de los asistentes. Se constituyeron importantes bibliotecas. "La ciencia orgullosa es maldición y tinieblas, mientras que el saber humilde y respetuoso con Dios es paz, luz y bendición", afirmaba Felipe, recomendando siempre "leer libros que empiecen con S" (¡de santos!)[60]. No amaba las elucubraciones doctrinales abstractas, sino que consideraba el desarrollo de la cultura cristiana como sistematización y profundización crítica de una experiencia de fe y comunión. La sensibilidad por la belleza -que es resplandor de la verdad- se manifiesta en la atracción de músicos y poetas que participaban como discípulos de Felipe Neri en los "oratorios"[61]. Se cultiva en ellos, desde sus orígenes, la música, con alto sentido estético y pedagógico, para alabanza a Dios, aprovechando primero laudes y canciones populares, luego promoviendo específicas composiciones musicales para ser cantadas en los Oratorios, hasta generar nuevos géneros musicales que fueron recogidos y plasmados por grandes compositores. Grandes figuras artísticas de su tiempo, como G.P. da Palestrina, Borromini, Caravaggio...tienen comunes raíces culturales y religiosas con los "filipinos" y, en algunos casos, son cercanos a ellos. Es una tradición cultural que luego fructificará también en la escuela espiritual y las instituciones educativas en Francia, en la actuación de un Newman en la fundación de la Universidad católica de Dublín,

en modalidades de inculturación de mensaje cristiano en la evangelización de México, etc. La imagen esculpida de Felipe Neri, entronizada en pleno gran Jubileo, en el famoso templo expiatorio de la Sagrada Familia evoca también el influjo del Santo y de la tradición oratoriana en la vida, y ciertamente también en la obra arquitectónica, de Antonio Gaudí (cuyo proceso de beatificación ha tenido reciente inicio en Barcelona) (61). Newman llegaba a señalar, como fruto del carisma de Felipe y de la proyección del oratorio, una exigencia y tarea de evangelización de cultura en el alba de la modernidad. "... en la plenitud de la Edad Media -escribía Newman- los hijos de Santo Domingo contribuyeron especialmente a la tarea de constituir y dar forma a un armonioso sistema de todo el conjunto de los conocimientos humanos para asegurar la alianza entre la religión y la filosofía (...). Pero en la época de San Felipe Neri iba avanzando la violenta fuerza de los poderes del mal para romper aquella sublime unidad y para poner en contra de la religión al genio creador humano, al filósofo y al poeta, al artista y al médico ...Era necesario que Felipe Neri tuviera profundamente arraigada en su interior, como objetivo de su vida, aquella meta singular que consiste en someter este mundo tan variado, multiforme y policromo a la unidad del servicio divino"[62]. El "humanismo filipino" es ese flujo de comunicación entre la fe, la cultura y las artes, desde la certeza que el cristianismo es principio de un nuevo conocimiento, de una nueva percepción, de una nueva sensibilidad, respecto de toda la realidad. Hoy lo llamaríamos como evangelización de la cultura y las artes. Tal es uno de los más desafiantes "aerópagos" de nuestro tiempo[63]. No en vano Pablo VI señalaba "la ruptura entre Evangelio y cultura" como "el drama de nuestra época"[64]. También en ese campo la preciosa tradición filipina y la irradiación de los oratorios queda interpelada a dar su contribución singular para la evangelización de la cultura adveniente, marcada por sorprendentes progresos científicos, una acelerada revolución tecnológica y el despliegue de una civilización audio-visiva. "Una fe que no se hace cultura -ha repetido en diversas ocasiones Juan Pablo II- es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida"[65]. Por el contrario, en cuanto fuente de cultura, ha de iluminar la presencia y el trabajo de los cristianos, "con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de creación artística y de la reflexión humanista"[66].

"Aprended de los santos"

En la jornada conmemorativa del vigésimo aniversario de promulgación del decreto del Concilio Vaticano II sobre el "apostolado de los laicos", Juan Pablo II afirmaba que "la Iglesia tiene necesidad hoy de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los "christifideles", porque es desde la santidad de donde nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y del seguimiento cristiano, toda fecunda re-actualización vital del cristianismo al encuentro de las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana"[67]. "Importante es que seamos santos", exhortaba siempre Felipe. Y de su boca, Bacci recordaba estas palabras: "en la santidad hay que superar a los mismos apóstoles, al mismo Pedro que es la cabeza"[68]. San Felipe Neri y su oratorio nos dan cabal testimonio de esa fecundidad de la santidad en la vida cristiana, en la comunión y misión de la Iglesia. Los santos, sí, son los más auténticos protagonistas de la "reforma de la Iglesia", aunque ni se lo propongan ni lo tematicen ni lo proclamen[69]. "Aprended de los santos", recomendaba ya la "Didaché" en los tiempos apostólicos. Los santos nos acompañan en la peregrinación del pueblo de Dios. Felipe Neri está entre nosotros. La gracia del gran Jubileo ayuda a reconocerlo y

proponerlo nuevamente en el corazón de sus discípulos y de toda la Iglesia. Este Congreso de sus discípulos en pleno año jubilar es kairós, tiempo favorable y propicio del Espíritu, para que el carisma de Felipe Neri sea cada vez más actual, fecundo e irradiante en su familia oratoriana, "en esta magnífica y dramática hora de la historia"[70], para mayor gloria de Dios, para la "utilidad común" de la Iglesia de Jesucristo, para bien de los hombres. Es bueno confiar esta esperanza y responsabilidad -como siempre lo hacía Felipe- a la intercesión maternal de María Ssma. Repitamos cada uno con él su jaculatoria preferida, llena de afecto filial: "Vergine María, Madre di Dio, pregate Gesù per me". Pregate Gesù per noi.

NOTAS

[1] Citado en "Viaje en la historia del jubileo", separata n. 11 del "Jornal del Peregrino", Comité Central del Gran Jubileo, año II, n. 10, Ciudad del Vaticano, 19/V/2000. Ver también M. Impagliazzo, "Gli anni santi nella storia", Quaderni de "L'Osservatore Romano", Città del Vaticano 1997, pp. 27 y ss.; M. Roncalli, "Giubileo sacro e profano", San Paolo, Milano 1999, pp. 131 y ss. ; L. Mezzadri, "Giubilei e anni santi", San Paolo, Milano 1999, pp. 76 y ss.

[2] Juan Pablo II, Bula de convocación del Gran Jubileo del año 2000", "Incarnationis Mysterium", 29/XI/ 1998, n. 5.

[3] Constituciones de la Confederación del Oratorio de S. Felipe Neri, cap. primero, n. 2.

[4] Juan Pablo II, Carta Apostólica "Terno Millenio Adveniente", 10/XI/1994, n. 23.

[5] cfr. G. Carriquiry, "La reconstrucción de la persona y la sociedad en los albores del tercer milenio a la luz del magisterio de Juan Pablo II", Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, p. 11 y ss., Ciudad de México, 1999:

[6] Congreso General del Oratorio de S. Felipe Neri, "El oratorio de San Felipe Neri. Itinerario espiritual", Roma 1994, prefacio V, VI, VII.

[7] Juan Pablo II, Terno Millenio Adveniente", n. 36.

[8] Cfr. G. Carriquiry, "Promover el Oratorio como un estilo de vida en la Iglesia", manuscrito, p. 2.

[9] Concilio Vaticano II, Constitución pastoral Gaudium et Spes, sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 7.

[10] Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal "Christifideles laici", 30/XII/1988, n. 34.

[11] Juan Pablo II, discurso inaugural del "Convegno" de la Iglesia italiana en Palermo, L'Osservatore Romano", 23/XI/1995

[12] J. Ratzinger, conferencia pronunciada en Guadalajara en el mes de mayo de 1996, publicada por "La Civiltá Cattolica", n. 3515, 7/XII/1996, p. 486, Roma.

[13] Juan Pablo II, encíclica "Redemptor hominis", 4/11/1979, n. 10.

[14] Citado en P. Turks, "Filippo Neri, una gioia contagiosa", p. 22, Città Nuova, Roma, 1991.

[15] Cfr. G. Carriquiry, "La reconstrucción...", ob. cit., p. 117 y ss.

[16] L. Bouyer, "La musica di Dio, San Filippo Neri", p. 31, Jaca Book, Milano, 1979.

[17] cfr. A. Gallonio, "La vita di San Filippo Neri", Presidenza del Consiglio dei Ministri, Roma, 1995.

[18] L. Bouyer, op. cit. p. 122.

[19] Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes, n. 22

[20] Juan Pablo II, Christifideles Laici, n. 34.

[21] Juan Pablo II, Christifideles Laici, n. 34.

- [22] cfr. Pontificio Consejo para los Laicos, *11 Papa e i movimenti*", Ed. S. Paolo, Milán, 1998 (mensaje al Congreso mundial de Movimientos y alocución en el Encuentro Mundial de Movimientos y nuevas Comunidades Eclesiales con el Papa, mayo de 1998).
- [23] C. Baronio, "Anuales Ecclesiastici", t. 1, a. 57, n. 164.
- [24] cfr. M. Trevor, "San Felipe Neri, apóstol de Roma", Sal Terrae, Santander, 1986, p. 91.
- [25] Cuando se advierten aquellas críticas dirigidas al oratorio provenientes de algunos sectores eclesiásticos -tendencia a conformar una "secta", descuido de las actividades parroquiales, exceso de libertad en el comentar la palabra de Dios por los fieles laicos...-, sorprende cómo son mas bien las mismas que se repiten ayer y hoy ante la irrupción de carismas y novedad de formas que el Espíritu va suscitando en la Iglesia.
- [26] Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 29.
- [27] L. Huetter, "Le confraternite romane", Albano, 1927, p. 5.
- [28] cfr. Diputación permanente de la Confederación del Oratorio, "Instrumentum laboris", Roma 2000, n. 5.
- [29] cfr. M. Trevor, ob. cit. p. 91.
- [30] Oratorio de Albacete, "San Felipe Neri, La figura, el espíritu y la obra", p. 132, México, 1998
- [31] cfr. Congreso General (...), *Itinerario espiritual*, ob. cit., p. 17.
- [32] cfr. A. Cistellini, "S. Filippo e la spiritualità dell'Oratorio", separata del volumen "Le grandi scuole della spiritualità cristiana", Teresianum, p. 512, Roma, 1984.
- [33] Ibid. .
- [34] Oratorio de Albacete, ob. cit., p. 132.
- [35] cfr. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, nn. 31, 35; *Gaudium et Spes*, n. 43; *Apostolicam Actuositatem*, n. 7.
- [36] cfr. Concilio Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis*, n. 9.
- [37] cfr. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 55
- [38] Cfr. Diputación permanente, *Instrumentum laboris*, n. 9.
- [39] cfr. Congreso General, *Itinerario espiritual*, ob. cit., nn. 28, 36, 140.
- [40] Oratorio de Albacete, ob. cit., p. 132.
- [41] A. Cistellini, "San Filippo Neri. Breve storia di una grande vita", *Memorie oratoriane*, p. 70, Florencia, 1996.
- [42] Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 34.
- [43] Juan Pablo II, alocución al CELAM, Port-au-Prince, 9/11/1983, 3.
- [44] J. Ratzinger, "Guardare Cristo", Jaca Book, Milán, 1989.
- [45] cfr. Ponnelle-Bordet, "S. Filippo Neri e la società romana del suo tempo", Florencia, 1931, citado por Congreso General del Oratorio de S. Felipe Neri, "L'Oratorio di S. Filippo Neri. Itinerario spirituale", p. 16.
- [46] cfr. Oratorio de Albacete, ob. cit., p. 37.
- [47] cfr. Diputación permanente, *Instrumentum Laboris*, n. 8.
- [48] cfr. Diputación permanente, *Instrumentum Laboris*, n. 9.
- [49] Para la exposición de tales ámbitos de misión, ver G. Carriquiry, "Promover el Oratorio como un estilo de vida en la Iglesia", ob. cit., p. 14 y ss.
- [50] cfr. *Constituciones*, n. 116.
- [51] cfr. A. Cistellini, "S. Filippo Neri e la spiritualità", ob. cit. p. 513.
- [52] Impreso del Oratorio de Albacete, "La vocación del oratorio", p. 15
- [53] Juan Pablo II, alocución en la Jornada Mundial de la Juventud, Santiago de Compostela, 20/VIII/1999. .
- [54] Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada mundial de la paz, 1/1/1999.
- [55] Citado por G. Carriquiry, "Promover el Oratorio...".

- [56] Congreso General, Itinerario espiritual, ob. cit., nn. 142, 143, 144.
- [57] Ch. Péguy, "Lui é qui", pagine scelte, pp. 108, 109, Rizzoli, Milano, 1997
- [58] Juan Pablo II, encíclica "Redemptoris Missio", n. 40, 7/XII/1990
- [59] cfr. A. Zuccari, "La política culturale dell'Oratorio romano nella seconda metà del Cinquecento", separata de "Stona dell'arte", n. 41, 1981.
- [60] Oratorio de Albacete, ob. cit., pp. 111, 112
- [61] cfr. Congregacions del'Oratori de San Felip Neri de Barcelona, Gracia i Vic, "Sant Felip Neri i Antoni Gaudi", Barcelona 2000.
- [62] J. H. Newman, sermón pronunciado en el Oratorio de Birmingham, 18/1/1850, extractado en M. Trevor, ob. cit. p. 220.
- [63] Juan Pablo II, Redemptoris Missio, n. 37.
- [64] Pablo VI, Carta apostólica "Evangelii Nuntiandi", n. 20, 8/XII/1975.
- [65] Juan Pablo II, discurso a los participantes al Congreso nacional del "Movimento Ecclesiale di Impegno Culturale", 16/1/1982.
- [66] Juan Pablo II, "Christifideles laici, n. 44.
- [67] Juan Pablo II, 18/XI/1985, 3.
- [68] Citado en M. Roncalli, ob. cit, p. 137.
- [69] "Ningún plan, ninguna proclama, ningún acuerdo preordenado a ese propósito. Su acción de reforma se actúa silenciosamente, por los caminos del anuncio evangélico, en la orientación segura al buen vivir cristiano, a la práctica sacramental", destaca A. Cistellini, "Breve storia...", ob. cit., p. 56. Y Bouyer agrega: "Jesucristo, sólo Jesucristo, pero Jesucristo reencontrado en la plenitud de 1a Iglesia (...): ésta es ya de por sí la única respuesta para dar a la Reforma, o sea, una Reforma más verdadera" (cfr. L. Bouyer, ob. cit. P. 104).
- [70] Juan Pablo II, Christifideles laici, n. 3.